

FUTURO Y RETOS DE LA INVESTIGACIÓN BIBLIOTECOLÓGICA Y SOBRE LA INFORMACIÓN

Memoria del XXV Coloquio de
Investigación Bibliotecológica
y de la Información

*Filiberto Felipe Martínez Arellano
Juan José Calva González (Comp.)*



Comprendiendo el pasado a través del futuro. Para una historia epistemológica del campo bibliotecológico¹

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas, UNAM

Sin que esto pretenda ser un despropósito ni mucho menos una provocación en un coloquio cuya temática se centra en el tema *Futuro y retos de la investigación bibliotecológica y sobre la información*, pretendo hablar no del futuro sino del pasado, o más exactamente del pasado a través del futuro.

El futuro hasta hace muy poco era visto como una incertidumbre por venir, pero ese futuro nos ha alcanzado para convertirse en un presente que nos pasma con su vértigo, con sus acelerados cambios y que, por lo mismo, captura o, mejor aún, subyuga (en el doble sentido de la palabra) nuestra atención para mejor seguir su paso; ante esto propongo que sólo yendo a contramarcha se puede comprender tal futuro con mayor precisión e incluso orientarlo. Ir a contramarcha del futuro sólo puede significar remontar la corriente para remitirnos al pasado. Sólo desde la atalaya del pasado se puede vislumbrar mejor el futuro. Cuando no se hace caso del pasado, más allá del famoso decir

1 El presente texto es un resumen muy sustancializado del texto titulado "Esquema para una teoría e historia de la constitución del Campo Bibliotecológico Mexicano". Entregado para su publicación en el volumen colectivo en homenaje a los XXV años de fundación del CUIB.

de George Santayana de que se condena uno a repetirlo, se obnubila el futuro. El pasado semeja el hilo de Ariadna que nos guía para orientarnos y salir del laberinto del futuro.

En nuestro caso se hace impostergable dirigirnos al pasado porque es precisamente lo que en el campo bibliotecológico cada vez se va dejando de lado en aras de privilegiar y extasiarse acríticamente con el futuro, lo que, paradójicamente, ha obnubilado su propio futuro como campo de conocimiento. La alternativa es restablecer y consolidar los nexos del pasado con el futuro desde la plataforma del presente.

¿Pero qué significa y qué consecuencias acarrea que en el campo bibliotecológico se esté dejando de ponerle atención a su propio pasado? Esto se hace por demás evidente en el hecho de que la historia del campo bibliotecológico cada vez es menos cultivada, lo que ha redundado en que la historia no sea una línea de investigación cabalmente fundamentada y consolidada, lo que provoca que sólo ocasionalmente se la frecuente. Las razones de esta minusvalorización de la historia del campo son varias, una de las más inmediatas es el sesgo marcadamente pragmático y técnico que ha seguido la bibliotecología, reforzado en gran medida por la avalancha de los cambios tecnológicos. El privilegiamiento de la orientación pragmática y técnica es producto de la transformación que sufren las sociedades con el desarrollo de la modernidad, lo que ha implicado una mayor demanda de los servicios de información para cubrir esta necesidad de la manera más eficiente y oportuna, y se ha enfatizado esa orientación. Esto ha provocado que, conforme esta orientación se consolidaba y se convertía en lo característico y determinante, se consideraba sólo el presente inmediato cuyas necesidades buscaban ser satisfechas de manera pragmática por medio de la técnica. Pero el impacto de las nuevas tecnologías hizo que la orientación pragmática y técnica quedara enganchada en la persecución acrítica del futuro.

Otra razón que explica este descuido del cultivo de la historia es el desgaste e inviabilidad del tipo de historiografía que hasta la fecha se viene practicando. Si bien es cierto que cada vez se hace menos investigación y estudio de la historia, esto no significa que se haya abandonado absolutamente, pero la poca aplicación que se lleva a cabo luce el opaco aspecto del anacronismo. Es una historiografía rebasada

y fuera de contexto para la situación en que en este momento se encuentra el campo bibliotecológico. Después de que el campo ha llegado al límite de su fase de constitución, la cual se caracteriza por la autodefinición de sus múltiples prácticas y objetos de conocimiento así como por el establecimiento de interrelaciones entre ellos, la historiografía del propio campo ha llegado a su completo desgaste y ya no parece responder a las necesidades del campo: ser orientadora en la transición hacia la fase de autonomía; es decir, a la fase caracterizada por su cientificidad, por la sustentación teórica de sus prácticas y objetos de conocimiento. Se trata de una historiografía que no es consciente del papel que debe jugar para contribuir a la transición del campo hacia su autonomía, por lo que se sigue manejando con modelos tradicionales que ya no dan más de sí y se basan en la rutina y la simpleza. Esto ha conducido a que caiga en un callejón sin salida, y en vez de buscar una alternativa dentro de la propia historia para estar a la altura de las circunstancias del campo, ha optado por dejarla de lado y preferido el éxtasis vertiginoso del futuro.

Ahora bien, esto nos enfrenta de inicio a la cuestión crítica de explicar qué define a este tipo de historiografía anacrónica y por qué ya no responde a las actuales necesidades del campo bibliotecológico.

La historiografía que nace y se desarrolla a lo largo de la fase de constitución del campo puede muy bien definirse como la *historia-crónica*. Como su calificativo lo indica, se trata de una historia que hace la crónica sobre los acontecimientos y personajes sobre los que se enfoca, cuyo proceder es descriptivo y superficial, lo que en el mejor de los casos sólo produce un *fastuoso collar de anécdotas*. Así, esta historiografía nos describe la vida y milagros de los personajes centrales del campo así como los avatares externos de las instituciones, precisamente como perlas aisladas en un collar; por ejemplo, se hace la crónica de la vida y obra de Juana Manrique de Lara, primera bibliotecaria profesional de México, con un marcado carácter anecdótico, o se menciona a otros de los grandes bibliotecarios nacionales con la misma presteza anecdótica. Historia biográfica, descriptiva y superficial de la vida personal y profesional de tales bibliotecarios, que no ahonda en los procesos ni la dinámica profunda que relaciona al bibliotecario con las prácticas y objetos de conocimiento del campo.

De manera análoga se hace la historia-crónica de instituciones como la ENBA, en la que se da cuenta descriptiva de su desenvolvimiento, directores o planes de estudio, sin relacionar su desarrollo con la dinámica integral del campo.

Esta historia-crónica deviene entonces historia anecdótica que se levanta sobre un basamento cognoscitivo peculiar: el positivismo, en su vertiente más esquemática.

Cabe señalarse que el fundamento cognoscitivo sobre el que se asentó el desenvolvimiento del campo bibliotecológico durante su fase de constitución fue, y sigue siendo en gran medida, el positivismo, tendencia técnica y cognoscitiva que de manera inercial (debido a su filiación científica) fue asumida como el sustrato cognoscitivo predominante en el campo; positivismo que más allá de sus periódicos *revivals*, mostró a lo largo del siglo XX graves limitantes e insuficiencias para fundamentar los nuevos avances del conocimiento científico. Otras tendencias han respondido mejor epistemológicamente hablando, como el constructivismo por ejemplo. La historiografía de cuño positivista actúa aislando, seccionando y disecando por análisis el acontecimiento histórico, el que después pretende ser reintegrado en su aislamiento con los demás acontecimientos históricos aislados a su vez de manera lineal, a la manera del susodicho collar de perlas, donde cada perla es una mónada histórica.

Esta historia positivista pierde de vista la dinámica e interacción de las partes del conjunto del campo, además de convertirse en una historia cómoda que se dedica a compilar y acumular datos históricos que en ningún momento son cuestionados o problematizados. Es una historia que se da como un hecho que no requiere la crítica reflexiva.

Para no cargar las tintas es justo señalar que este tipo de historia-crónica positivista le ha prestado a nuestra bibliotecología precisamente el servicio de compilar y organizar en una narrativa coherente (anecdótica, como quiera que sea) la información histórica generada por el campo en su devenir histórico. Pero esto que fue su mérito deja en evidencia su inviabilidad al trasluz de la situación actual del campo que ha llegado, en el caso de México, al límite de su fase de constitución. Para mirar al futuro se requiere, por consiguiente, mirar con mayor atención crítica el pasado. Pero ese pasado ya no puede ser el

que hasta este momento se ha estudiado y compilado, debe ser ahora contemplado desde una concepción diferente e incluso opuesta. A la historia-crónica se le ha de oponer una historia-problema.

La historia del campo bibliotecológico debe ser problematizada; el proceder epistemológico de esta historia habrá de cuestionar de principio lo que se consideraban datos establecidos e incuestionados de la historia compilada por la historia-crónica. Pero primordialmente tendrá que problematizarse todo aquello que fue dejado de lado por ese tipo de historia tradicional, a partir de plantear interrogantes y preguntas que evidencien su cómoda posición anterior que da como dado el pasado, la historia del campo durante su fase de constitución; con lo cual muestra que en toda esa parte de la historia dejada de lado se encuentra la auténtica explicación del desenvolvimiento histórico global y del conjunto del campo bibliotecológico.

A continuación esta historia-problema tendría que pasar a la etapa de interpretación de la información histórica problematizada. Interpretación que a su vez debe sustentarse sobre sólidos supuestos teóricos. No existe la mirada inocente en la interpretación, de una u otra forma es preciso apelar a un enfoque teórico, que por lo mismo será más coherente si su enfoque es puesto con antelación de manifiesto de manera clara y sistemática.

Como puede entreverse a esta altura por el proceder de esta historia-problema, hacia donde ésta apunta claramente es hacia el perfilamiento de una *historia epistemológica* del campo.

Si la historia-crónica tiene como objetos historiables privilegiados a los bibliotecarios y sus instituciones, por el contrario la historia epistemológica se centra coherentemente en los objetos y prácticas de conocimiento propios del campo bibliotecológico. Los objetos y las prácticas de un campo de conocimiento, cualquiera que éste sea, no surgen de la nada; tienen por el contrario, un desenvolvimiento que se da en el tiempo y que va marcando la historia del campo. Y esa historia se gesta a su vez en relación con el espacio social. Un campo surge y se desenvuelve en un contexto social para satisfacer las necesidades específicas que exige ese contexto. *Por lo que entre el campo y el espacio social en el que se desenvuelven se da una dialéctica de oposición y complementariedad.* La sociedad en su movimiento histórico

produce necesidades que buscan ser satisfechas con toda clase de objetos, los cuales en primera instancia se encuentran en estado "bruto"; es decir, como objetos empíricos producidos, manipulados y consumidos de forma inmediata, empírica. Pero en segunda instancia las necesidades se tornan más sofisticadas (se amplían, profundizan...), por lo que tales objetos requieren de una mayor elaboración; esto es, dejen de ser meramente empíricos para ser transfigurados de manera abstracta. Y es esta necesidad la que propicia el surgimiento de los campos y su desenvolvimiento.

Los objetos empíricos son transfigurados en objetos abstractos dentro de un campo del conocimiento y esto implica que entre el campo y el espacio social se establezca una *oposición* donde el espacio social se caracteriza por el predominio de lo fáctico, empírico e inmediato; mientras que, opuestamente, el campo sigue la dinámica de la abstracción. Pero esta abstracción retorna al espacio social para *complementarse* con él; es esto el servicio que los campos de conocimiento le ofrendan a la sociedad. El objeto abstracto se justifica a sí mismo en cuanto que es utilizado en el espacio social para satisfacer necesidades cada vez más sofisticadas. El desenvolvimiento del campo se caracteriza precisamente por llevar una elaboración cada vez más abstracta por mediación de las prácticas propias del campo. Abstracción que debe culminar con la construcción teórica de los objetos de conocimiento y en la sustentación, asimismo teórica, de las prácticas, lo que implica una mayor profesionalización de las mismas. De hecho es esto lo que nos indica la transición de un campo, de su fase de constitución a su fase de autonomía: el proceso de abstracción que conduce a la construcción teórica. Esta fase de constitución se caracteriza por la progresiva elaboración abstracta de objetos y prácticas, mientras que la autonomía se define por la sustentación teórica de esa abstracción. Las mismas etapas de elaboración abstracta de los objetos de conocimiento señalan el momento en que se encuentra la fase de constitución de un campo.

Ese desenvolvimiento en el tiempo de la elaboración abstracta de objetos y prácticas es el centro de atención de una historia epistemológica del campo. Esto puede ilustrarse en el caso de la bibliotecología con uno de sus objetos de conocimiento fundamentales: la información,

que se convirtió a lo largo del siglo XX en objeto de primera necesidad social. Lo que propició que para satisfacer esa necesidad surgiera el campo bibliotecológico, el cual transfiguró la información que era producida y consumida empíricamente en un objeto abstracto a través de las prácticas específicas del campo como, por ejemplo, la clasificación y la catalogación. Tales prácticas de la clasificación y catalogación muestran un desenvolvimiento en el que éstas son depuradas o cambiadas por otras en aras de una mayor elaboración abstracta de la información. Y ese desenvolvimiento se da precisamente en la historia o, para hablar con rigor, es el desenvolvimiento histórico del campo; es decir, el centro de estudio de la historia epistemológica del campo.

Ahora bien, las prácticas no surgen ni se despliegan en el vacío, son prácticas en la medida en que alguien las genera y las lleva a cabo, lo que significa que los integrantes del campo, con base en la posición y disposición que tengan respecto a las prácticas y a la manera en que a través de ellas, moverán la elaboración abstracta de los objetos de conocimiento. Es así como deben ser historiados en cuanto integrantes del campo, no como personajes de quienes se hace la crónica de su vida y milagros.

Con esto comienza a vislumbrarse el objetivo y la finalidad que persigue una historia epistemológica dentro del campo bibliotecológico. En primer término se trataría de poner el basamento para conformar la conciencia histórica del campo o, más exactamente, para preservar la conciencia histórica de los integrantes del campo. Es de señalarse que la conciencia histórica dentro de un campo de conocimiento no es lo mismo que la conciencia histórica de un colectivo social, la cual se funda en la conciencia y en las transformaciones por las que en cuanto sociedad ha pasado a través del tiempo. *La conciencia histórica de un campo de conocimiento consiste en la conciencia de la historicidad de los objetos y prácticas que le son propias, así como en la relatividad de los conocimientos producidos en él o de forma más amplia en el capital de conocimiento que circula en el campo.*

La conciencia histórica en el campo bibliotecológico ha de estatuirse, a su vez, en el supuesto de que es ella la que guiará el desenvolvimiento concreto de las prácticas en el proceso de construcción de los

objetos de conocimiento. De forma más específica y ejemplificada, la actividad que llevan a cabo los integrantes del campo habrá de sustentarse en un conocimiento, que actúa como un supuesto: el de que la práctica, sea la que sea que en un momento específico se realice en el campo, tiene una historicidad; tal como los objetos de conocimiento que construyen tienen un desenvolvimiento histórico, al que a su vez ellos contribuyen con su práctica presente. Es historia acumulada que desemboca en las prácticas y objetos presentes. De manera análoga el volumen de capital de conocimiento está signado históricamente. Esta conciencia histórica actúa como un conocimiento del pasado que permite que los integrantes del campo puedan proyectar el futuro de éste; es decir, su transición hacia la autonomía.

En segundo término, y estrechamente relacionado con el término anterior, una historia epistemológica que muestra el despliegue histórico de objetos y prácticas de conocimiento, pone en evidencia y clarifica las etapas de elaboración abstracta de las prácticas (mayor profesionalización de las mismas) y de los objetos que han experimentado a lo largo de la fase de constitución del campo lo que por necesidad abre las vías directas para la elaboración teórica de prácticas y objetos; lo que estaría ya significando el tránsito a la fase de autonomía del campo bibliotecológico.

Ahora bien, la práctica de la investigación, por sus propios atributos específicos y diferenciales respecto a las demás prácticas propias del campo bibliotecológico, es la que debe llevar a cabo el conocimiento del pasado del campo a partir de la historia epistemológica. Sólo esto brindará los elementos de conocimiento y estrategia para ser ella la que genere las teorías propiamente bibliotecológicas a partir de las cuales se habrán de construir prácticas y objetos de conocimiento. Sólo así la investigación asumirá su misión de ser la guía y avanzada que ha de conducir al campo hacia su autonomía.

Comprender el pasado desde la perspectiva epistemológica para construir el futuro, lo cual es consecuencia a su vez de comprender el pasado a través del futuro que estamos viviendo. Para que este futuro en el que vivimos no nos extravíe con sus cegadores fulgores tecnológicos habremos de buscar trasformarlo a partir de recuperar el pasado, por vía de una historia epistemológica que nos conduzca, más allá

de este futuro inmediato hacia otro futuro: el de la fase de autonomía del campo bibliotecológico. Tal debe ser el verdadero reto de la investigación bibliotecológica y sobre la información.